

En el Jardín del Edén por Rabí Naimán de

Breslov.

Uno de los primeros pasos que podemos dar hacia la verdadera espiritualidad es llegar a ser más conscientes del significado espiritual de la anatomía humana. Para ello debemos primero reconocer la grandeza del alma y aprender cómo es que se relaciona con el cuerpo. El Zohar (III, 105a, 281a; Tikuney Zohar 26, p.72a) dice que el alma se encuentra muy por encima del cuerpo y que éste es llamado un "zapato" respecto del alma. Sólo la más baja extremidad del alma "calza" en el cuerpo. Mediante nuestro deseo de acercarnos a Dios, con nuestros pensamientos, emociones, palabras y acciones, podemos hacer descender de nuestra propia alma iluminaciones cada vez más grandes. De esta manera, todos tenemos la capacidad de hacer que nuestro cuerpo físico sea una carroza o un templo para las partes más elevadas del alma, tal como lo hizo Moisés. El cuerpo humano no siempre fue tal cual lo conocemos hoy. El cuerpo de Adán era un cuerpo de luz e irradiaba Divinidad (Bereshit Rabah 20: 12). Era tan asombroso que los ángeles se confundieron y hasta pensaron en adorarlo (ibid. 8: 10). Incluso luego de haber pecado, siguió siendo un ser espiritual vestido en un cuerpo físico, irradiando espiritualidad. Pero, con respecto a su nivel anterior al pecado y, de más está decir, con respecto al nivel que se suponía que debía haber alcanzado, sus acciones produjeron un ocultamiento de la Luz de Dios. Su cuerpo de luz (kotnotor, donde or se deletrea alefvav-resh), que revelaba el alma, ahora la encerraba en un cuerpo de piel y cuero (kotnot or, donde or se deletrea ain-vav-resh) que oculta el alma (ibid. 20:12). Luz (or con alef) y piel (or con ain) corresponden a los dos árboles específicos del Jardín del Edén. Está escrito en la Torá (Génesis 2:8-9), *"Y el Señor Dios había plantado un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. Y el Señor Dios había hecho brotar del suelo toda suerte de árboles gratos a la vista y buenos para comer y también el árbol de vida en medio del jardín y el árbol del conocimiento del bien y del mal"*. Poco después de esto se registra la advertencia de

Dios (Ibid. 2: 17), *"Mas del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comerás, porque en el día que de él comieres, ciertamente morirás"*. La Torá afirma explícitamente que Adán recibió la orden de no comer del Árbol del Conocimiento. De acuerdo con la Kabalá, la prohibición incluía el Árbol de Vida, pero sólo hasta la puesta del sol, la llegada del primer Shabat (cf. Sefer HaLikutim #3, p. 25-27). Desde ese momento, comer del Árbol de Vida se habría transformado en una mitzvá. Y una vez que Adán hubiera comido del Árbol de Vida, también se le habría permitido comer del Árbol del Conocimiento, pues habría alcanzado la capacidad de elevar el Árbol del Conocimiento de retorno hacia su fuente en el Árbol de Vida (pues los niveles superiores siempre incluyen a los inferiores). Así, Dios colocó a Adán en el Jardín con estos dos árboles para darle la oportunidad de alcanzar la más elevada espiritualidad'. Ambos árboles fueron creados por Dios, pero, como todo en la creación, Dios los diseñó para que representasen energías potencialmente opuestas o potencialmente complementarias - dependiendo del uso que el hombre hiciera de ellos. El Árbol de Vida correspondía al alma, a la espiritualidad. El Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal correspondía al cuerpo, específicamente a la potencialidad del cuerpo para revelar el alma e irradiar su santidad, o para ocultar y empañar el alma. La misión de Adán era transformar el Árbol del Conocimiento en el Árbol de Vida, irradiar el cuerpo con el or (luz) del alma. En lugar de ello, Adán hizo que el alma fuera oscurecida por el or (piel) del cuerpo (ver Likutey Halajot, Orlá 4:2). Adán fue creado con la habilidad de discernir entre el bien y el mal. ¿Por qué, entonces, fue tentado por el mal? Él anhelaba su fuente espiritual. Quería conocer a Dios y discernir Su presencia en todo y a través de todo, inclusive a través del mal. Pero el hombre era impetuoso y sutilmente engreído. Si solo hubiera percibido la experiencia de la tentación como una oportunidad para aferrarse a Dios, para anhelar y clamar a fin de ser salvado de la tentación... Si sólo hubiera visto a Dios oculto en el dolor de esa tentación, percibiendo el Árbol de Vida oculto dentro del Árbol del Conocimiento... Pero no, la conciencia de Dios que había estado esperando ser realizada ahora se vio activamente restringida. Adán perdió su exaltado nivel de profecía. Separado de los niveles más altos de su alma, experimentó entonces la sensación de la "muerte" - "porque en el día que de él comieres, ciertamente morirás". Desde ese momento, ha sido la misión del hombre

buscar lo espiritual y retornar a su nivel original (ver Hagadá de Breslov). El alma es la esencia del hombre. Si Adán no hubiera pecado, el hombre habría sido capaz de vivir una vida puramente espiritual - una vida llena de alegría, de satisfacción y de pureza. Habría vivido para siempre - la muerte fue decretada recién después de que pecara. Habiendo sucumbido a sus deseos físicos, cayó de su nivel, fue expulsado del Jardín del Edén y la Espada Giratoria le impidió retornar (Génesis 3:24). Nosotros, sus descendientes, debemos pagar el precio por sus acciones. Este precio es el constante conflicto entre las necesidades del cuerpo y los deseos y anhelos del alma. El conflicto entre cuerpo y alma se encuentra hermosamente ilustrado en uno de los cuentos clásicos del Rebe Najmán, "Los Niños Cambiados". Esta historia comienza cuando la reina y su sierva dan a luz a sus respectivos hijos. La comadrona cambia a los niños, de modo que el hijo de la sierva crece como un príncipe mientras que el príncipe es criado en la casa de la sierva. Al correrse el rumor de que los niños habían sido intercambiados en su nacimiento, el usurpador expulsa al príncipe de su reino. Este recorre el mundo, dejándose llevar por los deseos de su corazón pero eventualmente comienza a reflexionar sobre su situación y a cuestionarse su forma de vida. "Si no soy el príncipe, ¿por qué me expulsaron del reino? Y si realmente soy el príncipe, ¿es correcto que esté viviendo una vida así?" El príncipe comienza a buscarse a sí mismo- a su verdadera identidad- y eventualmente llega a ser rey de un reino mucho más grande que aquél que había tenido originalmente. En una interesante vuelta de la historia, el siervo, que había sido criado como príncipe, se vuelve siervo del príncipe (el cuento completo se encuentra en Los Cuentos del Rabí Najmán). El Rabí Natán comenta que la Espada Giratoria que le impide a Adán volver a entrar al Jardín del Edén corresponde a los Heijalot HaTemurot, las "Cámaras de los Intercambios". En estas Cámaras uno se enfrenta constantemente con conflictos entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, entre lo dulce y lo amargo (cf. Isaías 5:20), y cada aspecto se presenta a sí mismo como la elección correcta. En síntesis, estas Cámaras están representadas por nuestros conflictos respecto a la vida misma - ¿debemos seguir una vida material o una vida espiritual? El mal se presenta como bueno, lo que es verdaderamente oscuro se muestra brillante y correcto y lo que es amargo puede volverse dulce y maravilloso. ¿Acaso lo material es malo? ¿Acaso lo corporal puede

ser bueno? ¿Es lo espiritual demasiado amargo al paladar o puede la experiencia espiritual ser dulce? El Rabí Natán explica que la oscuridad que reina en estas Cámaras, la confusión entre lo correcto y lo incorrecto está simbolizada por el intercambio entre el príncipe y el siervo. Es esta oscuridad la que lleva a los conflictos entre Itzjak e Ishmael, entre Iaacov y Esaú, entre Iosef y sus hermanos, entre los judíos y las Naciones; y es la fuente de la constante batalla entre el cuerpo y el alma. Al comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, Adán descendió dentro de estas Cámaras y cambió lo que era verdaderamente bueno - una vida de eterna delicia espiritual - por la vida material temporal de la que depende ahora nuestra existencia. La misión del hombre es buscar la espiritualidad y discernir entre el bien y el mal, de modo que pueda finalizar su exilio personal y volver a entrar al Jardín. Esta es la constante lucha de cada alma, en cada generación. A menudo, el alma - tan elevada en su fuente - asume la identidad de su entorno material. Se somete a él y se vuelve cautiva de las pasiones materiales que gobiernan en ese momento, tal como el príncipe del cuento. El alma olvida entonces por completo su origen real, quedando atrapada en la corporeidad y engañándose a sí misma sobre la verdad de su existencia. Pero ¿es así como debe ser?